

Las crónicas norteamericanas de Julio Camba. Una lectura sociológica

Carlos Allones Pérez (USC)

Julio Camba llegó a ser en la primera mitad del siglo XX el periodista mejor pagado de España. Sus crónicas de anécdotas y costumbres sociales, que enviaba desde Turquía, Francia, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, para el periódico ABC, eran seguidas y admiradas por un público lector de lo más variopinto. Taxistas, funcionarios, comerciantes, carpinteros, intelectuales, barrenderos, hombres y mujeres de todos los pueblos y ciudades de España, se divertieron y aprendieron mucho leyéndolas. Esas crónicas que luego eran agrupadas y editadas formando libros, en un proceso de selección en el que él casi nunca quería intervenir personalmente.

*Así fue también como nosotros en nuestra infancia y juventud conocimos y disfrutamos de las crónicas de Camba, en los entrañables libros de la Colección Austral que siempre desde entonces nos han acompañado. Pero ahora, ya mayores y formados en el oficio de sociólogos, hemos decidido volver a aquellas crónicas, y en particular a las que Camba envió desde los Estados Unidos, firmadas durante sus dos estancias en el país norteamericano: la primera de 1918, que fueron recopiladas en su libro *Un año en el Otro Mundo*, y la segunda de 1929-1930, reunidas en *La Ciudad Automática*.*

¿Por qué una interpretación sociológica de Julio Camba y por qué ahora? ¿Es qué Camba era un filósofo social? ¿Tenía acaso el periodista gallego una visión sistematizada de la sociedad? ¿De la sociedad norteamericana en particular? Y esa visión ¿sigue siendo relevante en el siglo XXI? Responder a tan ambiciosas preguntas, que Camba seguramente juzgaría impertinentes, no es el objeto de este pequeño trabajo. Más modestamente nos proponemos tan solo seleccionar aquí para el lector algunos fragmentos de esas crónicas norteamericanas de Camba, y poner por escrito las reflexiones sociológicas que a nosotros (a nosotros particularmente) nos inspiran. Y llamar la atención de los de nuestro oficio sobre esa mina de oro sociológica que es Julio Camba, que permanece ignorada (o al menos abandonada) por los sociólogos ibéricos e iberoamericanos que deberíamos explotarla.

I

En su crónica titulada “Las dos tendencias”, enviada desde New York, luego compilada en su libro *UN AÑO EN EL OTRO MUNDO* (1917), donde la leo, Camba nos dice:

“Tiempo atrás, yo he hablado de las dos tendencias fundamentales que hay en la vida de este país: una tendencia idealista y humanista, de un gran contenido moral, que va desde William James, el filósofo, hasta mister Ford, el fabricante de automóviles, y una tendencia materialista sin contenido ideal ninguno, una tendencia de capitalismo y de imperialismo capitalista.”¹

Llama nuestra atención, en primer lugar, que cite al filósofo, pues en sus crónicas Camba raramente hace mención de sus lecturas, lo cual es lógico, pues Camba no escribía para eruditos, sino para la gente común que compraba los periódicos en los que

¹ JULIO CAMBA (1917): *Un año en el otro mundo*. Madrid: Biblioteca Nueva

se ganaba la vida. Por eso se polemiza sobre si Camba leía o no -nosotros no sabemos si leía mucho o poco, pero sí sabemos que, en todo caso, lo hacía con criterio. Pero que Camba encuentre en William James el contenido idealista y moral de la vida americana no debe sorprendernos mucho, al fin y al cabo se trata de un filósofo, por su oficio obligado a interpretar la vida social por medio de conceptos abstractos. Lo que si nos sorprende más (mucho más) es que ejemplifique dichos contenidos idealistas también en la persona de Henry Ford, el gran empresario norteamericano. ¿Por qué a Camba le parece que el hombre que monta la primera cadena de montaje en una fábrica de automóviles, el pionero en el mundo de la fabricación en serie, personifica los ideales humanitarios, la moral de la civilización americana? ¿Tal vez porque Henry Ford es también quién *generaliza* el consumo entre sus conciudadanos, al inventar y crear también el primer sistema de venta a plazos? A partir de entonces todos los americanos de clase media y aún obrera pueden comprarse un automóvil, el famoso Ford T, comenzando desde entonces a desplazarse *del modo natural* -del modo natural, digo, que corresponde a una sociedad urbanizada (que no es ya a pie ni a caballo). Sean cuales sean sus razones, Julio Camba se nos muestra aquí como un gran sociólogo, capaz de captar de un solo golpe la matriz moral de la sociedad que describe, la esencia misma de la cultura y la civilización norteamericanas, al hacernos comprender que, para sus compatriotas, para sus contemporáneos, Henry Ford *nunca fue un materialista*, sino ante todo un visionario.

II

En su crónica “La nueva laringe” (1917), leemos:

“Estamos en el país del teléfono. El teléfono aquí no es un medio, sino un fin. No es que aquí se hable por teléfono cuando no es posible hablar de otro modo; es que nunca se habla mientras se pueda telefonar. La cuestión está en hacer las cosas con mucha mecánica. Un americano cree que una frase dicha por teléfono tiene mucha más importancia que si se dice directamente, y que un hombre que telefona es superior a un hombre que habla. De los chicos, yo me imagino que dan sus primeros vagidos por teléfono, y que no rompen realmente a hablar, sino que rompen a telefonar.”

Supongo que a principios del siglo XX, cuando fue publicada esta crónica, hubo de ser por fuerza leída irónicamente, tenida por una *boutade* de Julio Camba, una de esas manifestaciones de humor inteligente que tanto apasionaban a sus lectores. Y supongo que con esa intención fue primariamente escrita... ¿O había algo más?

Porque ahora, cien años más tarde, entrando ya resueltamente como estamos en el siglo XXI, no podemos menos que preguntarnos ¿y si hubiera algo más?, ¿y si hubiera aquí, por parte de Camba, una premonición en toda regla, sobre la emergencia en los EE.UU. de una nueva sociabilidad virtual, imparabile, que hace obsoleta a la vieja sociabilidad humana, presencial?

Porque en efecto, el carácter cada vez más abstracto de la sociabilidad norteamericana - alta individuación profesional y familiar; vertiginosa movilidad geográfica; vecinos que no son parientes y parientes que no son vecinos etc. etc.-, hace que tal sociabilidad se ponga en práctica, se realice (de hecho) mucho mejor, por medio de todo tipo de *gadgets* electrónicos, que directamente en persona.

Y el teléfono sería tan solo uno de los primeros *tools* inventados *ad hoc* para desarrollar dicha abstracción de la vida social, que se manifiesta imparable en la generalizada utilización por los norteamericanos de pantallas, video-juegos, móviles, gps, googles, face-books, etc. etc.

¿Pero sería alguien capaz de prever ese *trend* hace ya cien años? Por nuestra parte pensamos que *a Camba* sí podía haberle *sobrevenido* semejante intuición...

III

Raramente Camba se molestaba personalmente de la recopilación de sus artículos en formato de libro –que las editoriales sin embargo codiciaban, pues era un autor muy querido de toda clase de lectores. Sin embargo, a la vuelta de los Estados Unidos, sí se decide a escribir 3 páginas introduciendo sus crónicas americanas, reunidas, como sabemos, por la editorial Biblioteca Nueva en 1917, bajo el título de “Un año en el otro mundo”.

He aquí dos fragmentos de dicha introducción, preciosos para nuestros fines de interpretación y valoración sociológica de Camba:

“Para mí que los americanos quieren abolir en absoluto el sentimiento, base de la literatura y de todas las artes, así como de la familia y de otras instituciones, para darle a la vida un sentido que pudiéramos llamar nietzscheano. La mecánica tiene en América un valor que no tiene en Europa (el valor de una nueva base para la vida).”

(...) “Yo creía, en fin, que la mecánica se desarrollaba en América más intensamente que el gusto y que el sentimiento, pero que no pretendía substituirlos. Ahora comienzo a persuadirme de lo contrario. Y el día en que esté convencido de ello por completo, entonces América me parecerá un país de posibilidades infinitas. El país, sencillamente, de donde puede surgir nada menos que una nueva humanidad.” (Camba, 1917, 13)

Camba se añade así, por su propia cuenta y riesgo, tal vez sin saberlo, a la saga de los pensadores sociales que opinamos que, aún perteneciendo al conjunto de las sociedades occidentales, la norteamericana es una sociedad distinta a todas las demás, *una excepción* no comparable por ejemplo a Alemania o a Francia. ¿Pero en qué es, o por qué es América cualitativamente diferente a cualquier país europeo *continental*? El primero que se planteó en serio la excepcionalidad americana, o al menos el primero que trató de comprenderla, fue Alexis de Tocqueville, a raíz de su viaje a los EE.UU. en 1832, cuando dejó escrito:

“Los americanos no hacen uso de la palabra campesino; no emplean la palabra porque carecen de la idea. La ignorancia de las primeras épocas, la simplicidad de los campos, la rusticidad de la aldea no se han conservado entre ellos y no conciben ni las virtudes, ni los vicios, ni los hábitos groseros ni las gracias ingenuas de una civilización naciente.

En los límites extremos de los Estados confederados, en los confines de la sociedad y de los desiertos (*wilderness*), existe una población de audaces aventureros que, para huir de la pobreza pronta a alcanzarlos bajo el techo paterno, no ha temido internarse en las soledades de América y buscar en ellas una nueva patria. Apenas llegado al lugar que debe servirle de asilo, el pionero abate enseguida algunos árboles y construye una cabaña bajo el follaje. No hay nada que ofrezca un aspecto más miserable que esas moradas aisladas. El viajero que se acerca a ellas al atardecer ve brillar de lejos, a través de los muros, las llamas del hogar y por la noche, si llega a levantarse el viento, oye moverse ruidosamente el techo de follaje en medio de los árboles del bosque. ¿Quién no creería que esa pobre cabaña sirve de asilo a la

ordinariedad y la ignorancia? Sin embargo, no hay que establecer ninguna relación entre el pionero y el lugar que le sirve de cobijo. Todo es primitivo y salvaje a su alrededor, pero él es, por así decir, el resultado de dieciocho siglos de trabajos y experiencia. Lleva ropas de ciudad y habla su lenguaje. Conoce el pasado, es curioso del porvenir, argumenta sobre el presente. Es un hombre muy civilizado que se somete por un tiempo a vivir en el medio de los bosques y se interna en los desiertos del Nuevo Mundo con la Biblia, un hacha y algunos periódicos.”²

¿Pero por qué en América nunca hubo, propiamente hablando, campesinos? (Lo que no quiere decir que no se dedicaran a cultivar la tierra, todavía hoy lo hacen, aunque en un número muy pequeño; sino que siempre lo hicieron *comerciendo* con la tierra y sus productos, ya desde sus primeras colonias fundadas en la Bahía de Boston en 1617...). Para nosotros la explicación reside (por decirlo aquí, así, a bote pronto) en la historia social y política de Inglaterra, y principia con la conquista Normanda de la Isla en 1066, pues esa herida en el corazón del feudalismo sajón, sólo pudo *tramitarse* cuando los débiles monarcas normandos aceptaron compartir su poder con el Parlamento, lo que originó el nacionalismo inglés y su característico entusiasmo histórico por el capitalismo (¡Max Weber sitúa el origen del mercantilismo en los parlamentos ingleses del siglo XIV!).

Y digo *tramitarse*, y no cerrarse, porque una y otra vez en el curso histórico *anglonormando*, esa herida se vuelve a abrir sin posibilidad de cerrarse (esa conquista Normanda nunca fue militarmente revertida). De ahí ese incesante *trespassing* de toda frontera social y *moral* que caracteriza a las sociedades norteamericanas (e inglesas, aunque en menor medida), de la cual el Far West fue tan solo un momento de su continua reactivación histórica.

A diferencia de lo que pasó con el feudalismo en la Isla, los feudalismos continentales, particularmente franceses y alemanes, no vieron interrumpida su *maduración orgánica* a lo largo de los siglos medievales, y fueron cuajando esa simplicidad de los campos, esa rusticidad de la aldea, que caracteriza por doquier a los campesinos y sus sociedades, y que la mirada aristocrática y católica de Alexis de Tocqueville busca y no encuentra en América.

Sí, una vez más Camba tiene razón. Su portentosa intuición, que se diría innata para todo lo social, le lleva nuevamente a acertar. Sí, es verdad, ahí en los USA, para bien y para mal, está cuajando un nuevo modo de hacer sociedad, y por lo tanto, un nuevo modo de hacer humanidad, *sin parangón* con cualquier otro hasta ahora conocido. Por eso los americanos no tienen parada.

Tal vez esa sociabilidad de individuos superaislados y supertecnificados tenga los pies de barro, sea inviable, eso el tiempo lo dirá. Pero sí hay algo que desde ahora ya podemos decir: y es que en cualquier caso, después del experimento americano, el resto de la humanidad tampoco volverá a ser la misma.

² A. TOCQUEVILLE (1980): *La democracia en América*, 2 vols. p. 293. Madrid: Alianza

IV

En su vuelta a los Estados Unidos, en 1929, cuyas crónicas serán recopiladas en LA CIUDAD AUTOMÁTICA, manda una primera a la que llama “La ciudad del Tiempo”, una crónica que aún entre las suyas debe ser tenida por extraordinaria, de la que extraemos, para nuestro comentario sociológico, este fragmento:

“Nueva York me atrae a pesar mío, como atrae a pesar suyo a todo el mundo moderno. Uno viene hacia aquí solicitado por el afán ineludible de vivir su época, ya que Nueva York esta en el centro de esta época, tan exactamente como el cerro de los Ángeles en el centro de España. Visto desde Nueva York, el resto del mundo ofrece un espectáculo extemporáneo, semejante al que ofrecería una estrella que estuviese distanciada del punto de observación por muchos años luz: el espectáculo actual de una vida pretérita, quizá envidiable, pero imposible de vivir porque ya pertenece a la Historia.

Nueva York es ante todo el momento presente. Es el momento presente sin más relación con el porvenir que con el pasado. El momento presente íntegro, puro, total, aislado, desconectado. Al llegar aquí, la primera sensación no es la de haber dejado atrás otros países, sino otras épocas, épocas probablemente muy superiores a ésta, pero en las cuales nuestra vida constituía una ficción porque ninguna de ellas era realmente nuestra época. Nuestra época sólo Nueva York ha acertado a encarnarla, y probablemente ésta es la verdadera causa de que la gran ciudad nos atraiga y nos rechace a la vez de un modo tan poderoso.

Nos atrae porque uno no puede vivir al margen del tiempo, y nos rechaza por la estupidez enorme del tiempo en que le ha tocado vivir.”³

Una vez que aparece la civilización moderna, es decir, aquellas técnicas y aquellas costumbres que se reconocen como de “hoy en día”, todas las demás culturas y sociedades que ya existían antes de su aparición, quedan anticuadas, envejecidas. Las sociedades modernas se elevan a patrón de medida de todas las demás sociedades, por lo que las cosas que se siguen haciendo como antes, se vuelven extemporáneas, fuera de época, y esto aun cuando seamos nosotros mismos quienes así las seguimos haciendo. En realidad las cosas de antes, las cosas ‘de siempre’, se vuelven inviables, obsoletas, sin posible proyección, sin futuro. Entonces, nuestra mirada -por estar ella fatalmente resabiada por la existencia de la mirada moderna-, reconociendo imposible la continuidad en el tiempo de nuestras antiguas costumbres y técnicas y paisajes, busca al menos preservar su memoria, metiéndolas en un museo, queriendo revivir el pasado, al menos simbólicamente, sabiendo que nosotros estamos limitados a pensar, *tan sólo a pensar* (otra cosa no podemos hacer) como ese pasado era, por lo que inevitablemente lo reducimos a folklore, a foto fija, queriendo ignorar que no es así como *era* para aquellos que lo vivían, porque ellos no eran como nosotros, no eran contemporáneos de la modernidad.

Nuestro querido Camba, tan gallego él, hijo de una civilización gallega casi tibetana en su religiosidad antigua, arroja una mirada, esta vez crítica y nostálgica, sobre La Gran Manzana, con ese sentimiento tan suyo de alegre trashumancia, que no se siente atado a la marcha de los asuntos del mundo, al menos no del mundo norteamericano o moderno, que nunca será el suyo.

³ JULIO CAMBA (1955): *La ciudad automática*. Madrid: Colección Austral, Espasa-Calpe

En su crónica “El Chrysler Building” (1929), Julio Camba, después de recordarnos la novela de Julio Verne *El doctor Ox, o La ciudad oxigenada*, nos hace leer:

“No hay más que un procedimiento para substraerse a la violencia ambiente y poder tener de Nueva York una visión desapasionada: subir al último piso del Chrysler Building. Una vez allí, uno está, como si dijéramos, *au dessus de la mêlée*, y puede contemplar el ir y el venir de los hombres con la misma imparcialidad con que contemplaría el ir y el venir de un hormiguero. Yo suelo pasarme horas y horas en el Chrysler Building, que, sobre ser uno de los dos edificios más altos de la ciudad, se encuentra situado en pleno centro, y, desde su enorme altura, Nueva York se me aparece sin detalles accesorios ni circunstanciales, en una perspectiva de conjunto tan completa y tan estilizada como si fuese ni más ni menos que una perspectiva histórica. Así, por ejemplo, yo no veo los automóviles como tales automóviles, sino en conjunto, formando cintas que se desarrollan a una velocidad uniforme por las calles y las avenidas. Para entender a Nueva York en su totalidad, para hacerse de él una idea realmente sintética, haría falta ser un genio, y, por si uno no lo es, más vale que se gaste cincuenta centavos y suba al edificio de Mr. Chrysler. (...) Y cuando, renunciando al espectáculo prodigioso, porque no es posible pasarse la vida en el Chrysler Building, se decide uno a bajar, es como si bajase desde el campanario a la ciudad del doctor Ox. La perspectiva histórica se desvanece, los detalles anulan el conjunto, y las hormigas, sin dejar de ser hormigas, crecen y adquieren la proporción espantosa de los seres humanos.”

Encuentra aquí Julio Camba una metáfora perfecta de su oficio de analista de sociedades, al trasladarnos con la imaginación a una posición *física* que nos permite observarlas (literalmente) desde arriba y desde fuera: por ejemplo a la ciudad de Nueva York desde lo más alto del rascacielos Chrysler. Pues tal oficio, en efecto, requiere del filósofo social capacidad de abstracción de la sociedad a la que sin embargo él también pertenece, una cierta frialdad para desprenderse (en lo posible) de las pasiones más comunes que dicha sociedad inculca y exige a todos y a cada uno de sus miembros (también a él) si han de sobrevivir en ella. Y en la medida en que sea experto en tales habilidades, podrá entonces percibir los automatismos sociales, los comportamientos *recíprocamente referidos* de los individuos en la sociedad de que se trate, más como reflejos propios de insectos que como decisiones de seres humanos; seres humanos que ya no serán, por ejemplo, conductores libres que eligen la trayectoria de sus privados automóviles, sino individuos transportados por medio de cintas o fluidos de móviles que han sido diseñados sin participación de su voluntad y designio. Claro que Camba se podría decir que parece *haber nacido* para poner en acción tales recursos de sociólogo (y espero que me perdone desde el más allá por utilizar tal *palabro* para referirme a su persona). Pues ya en su extraordinaria novela *El DESTIERRO*, escrita en 1907, al poco de regresar de Buenos Aires, y en la que recrea su vida juvenil en los círculos anarquistas de la ciudad porteña, puede leerse:

“Y ella era buena de verdad. Todas aquellas gentes eran buenas, y en la casa de Orsini o en la mesa de un figón partían su pan como hermanos de una misma esperanza. Lo maravilloso era abstraerse por un momento de la conversación general en cualquier tertulia y pensar qué cosa rara y grande se había propuesto el Destino al citar en un mismo punto del universo a hombres de tan distinta especie: a un francés, que fabricaba anteojos para ver los eclipses; a un estudiante ruso, a un barítono italiano, al doctor Creak, millonario inglés, y a mí, que soy natural de Villanueva de Arosa, un pequeño pueblo de la provincia de

Pontevedra, adonde no ha llegado aún –tal vez por dificultades postales- la noticia del nómeno ni la del fenómeno.”⁴

Aunque también, naturalmente, después de décadas de corresponsal de prensa en las más diversas sociedades extranjeras, Turquía, Francia, Suiza, Alemania, Inglaterra, los Estados Unidos, y *España*, fue depurando y perfeccionando tal habilidad de abstraerse de las pasiones sociales que le rodeaban, hasta convertirla en esa artesanía única y exclusiva que tanto nos encandila y admira a nosotros, sus numerosísimos lectores.

VI

En su crónica “La nueva Literatura” (1929) escribe Camba:

“No me hablen ustedes de Teodoro Dreysler, ni de Upton Sinclair, ni de Sinclair Lewis, ni siquiera de Eugenio O’Neil. Todos estos escritores huelen a rancio y representan la supervivencia del espíritu europeo en la literatura de los Estados Unidos. Si yo hubiese tenido que votar a un escritor verdaderamente americano para el premio Nobel hubiera votado sin la menor vacilación a Anita Loos, la deliciosa autora de *Gentlemen prefer blondes*; pero, es realidad, la verdadera creación literaria de América es su *advertising literature* o literatura comercial. Yo compro aquí todos los días alguna revista, so pretexto de leer tal o cual artículo, y, en cuanto mis ojos tropiezan con un anuncio, todos los artículos me resultan ñoños, estúpidos y pesados. ¡Qué gracia, qué interés, qué variedad, qué arte, qué continua lección de cosas contienen las revistas americanas en sus páginas de publicidad! El hojear cualquiera de ellas constituye para mí un espectáculo tan divertido –y tan instructivo- como el pasarme una hora viendo escaparates en el Broadway o la Quinta Avenida.

-¿Para qué vivir –dice, por ejemplo, una Empresa de pompas fúnebres- cuando por treinta dólares podemos hacerle a usted un entierro magnífico?

(...) La literatura comercial americana no es un hecho artificial, sino un hecho tan biológico como la literatura caballeresca de la Edad Media. Es la expresión de una época, de una moral y de un tipo de vida que no habría medio de expresar en las formas literarias tradicionales. Es, en fin, la única expresión literaria posible del genio americano. Yo diría que la literatura comercial americana equivale a nuestra literatura mística, y, para los que hayan oído hablar del sentido reverencial del dinero y sepan lo entremezclados que andan siempre en la conciencia puritana el espíritu comercial y el sentimiento eclesiástico, no diría despropósito ninguno. Aquí la catequización religiosa ha tenido siempre algo de propaganda comercial, y la propaganda comercial, a su vez, tendrá siempre algo de catequización religiosa.”

Nuevamente Camba capta la *excepcionalidad* de los Estados Unidos, reconociendo en ellos una sociabilidad diferente a todo lo que la ha precedido, y que lleva en su germen una nueva era también para el resto de la humanidad. ¡Y eso que la TV no había hecho su irrupción en los hogares! ¡Esa TV que vemos 4 ó 5 horas al día todos los occidentales! Ahí, en los anuncios, en los comerciales, se transmiten incesantemente no ya letras, sino imágenes de actos de consumo, añadiendo así a la eficacia de la escritura alfabética, una recuperación de la vieja potencia comunicadora de la escritura iconográfica (a la que nunca han renunciado por cierto los grandes imperios que en el mundo han sido). Así el consumo entra por los ojos, particularmente por los ojos de los adolescentes y más jóvenes, más inmaduros lingüística y sentimentalmente, (por razones de edad), presa fácil para recibir sin elaborar y filtrar el sentido de los *idolas*

⁴ JULIO CAMBA (1970): *El destierro*. p. 35. Madrid: Editorial Magisterio Español S.A.

que por doquier las pantallas nos allegan, prometiéndonos consumo generalizado. Luego esos jóvenes, si por lo que sea ven frustradas las expectativas de consumismo que les fueron cerebralmente implantadas, y por las que tal vez han bregado duramente en sus currículos escolares y profesionales, rompen escaparates, y se dan al pillaje, o protestan infantilmente en las plazas, pidiendo democracia *real* al capitalismo real porque éste no cumple sus propias promesas.

¡Sí! Una vez más tiene razón Camba: los anuncios expresan el delirio místico que corresponde a los norteamericanos de nuestro tiempo, como San Juan de la Cruz o El Greco supieron hacerlo en aquella España inviable del siglo XVI.

VII

En su crónica “La nueva moral” de la Ciudad Automática, leemos:

“Tengo en mi poder un libro de Kanhaya Lal Gauba sobre la perversión de la juventud americana. En este libro, cuyo título es un juego de palabras bastante malo -*Uncle Sham*, o *Tío Hipócrita*, en vez de *Uncle Sam*, o *Tío Sam*- y cuyo texto está escrito a la altura del título, se habla de los *petting parties* (*petting*, según el diccionario, significa acariciar, tratar con cariño o manipular tiernamente), de los *necking parties* (*the neck* es la nuca), de las partidas de *strip poker*, donde hombres y mujeres se juegan la ropa que llevan puesta, y de otras muchas cosas que el autor clasifica, desde luego, como usos y costumbres americanos. Casi toda la documentación está tomada de los libros del juez Lindsey, y los hechos, en general, son ciertos; pero es inútil. Si el señor Kanhaya Lal Gauba cree que la juventud americana está pervertida, es que esta propia juventud le ha engañado como a un chino. Lo que ocurre no es que la juventud americana esté pervertida, sino que hace esfuerzos inauditos para pervertirse. ¿No hemos quedado en que América nace ahora por segunda vez? ¿No se ha dado por muerta la moral puritana? ¿No se ha resuelto enterrar definitivamente a los *pilgrim fathers* y romper toda relación con el pasado? Pues adelante... Las chicas se dan una pena terrible para ponerse al nivel de la nueva época, y, si beben y se emborrachan, no es por gusto, sino más bien por deber. Su aparente inmoralidad tiene una raíces morales tan profundas, que todo el respeto con que se la mire me parecerá siempre poco. Es, como si dijéramos, una inmoralidad puritana. Es el mismo concepto puritano de pureza con una aplicación distinta.”

Ese puritanismo inscrito en lo más profundo de las sociedades norteamericanas, en su disciplina laboral, en la *externalización* familiar, en la contención de toda sociabilidad a sus estrictos límites funcionales, entre individuos perfectamente intercambiables entre sí, anónimos, etc. etc. Ese puritanismo, digo, que conforma el carácter *sportivo* de los chicos y chicas norteamericanos desde su más tierna infancia, habría por fuerza de asaltar también a su sexualidad, imbricada (en esta sociedad como en cualquier otra) en el mismo centro de la trama social. Y el creciente grado de individuación de los hombres y mujeres norteamericanos, se manifiesta en el concepto des-personalizado, des-contextualizado, utilitarista, seriado, de su sexualidad, que es la que define el machismo moderno, el machismo que se admite, el machismo *guay*. Porque el machismo es como la energía: no se crea ni se destruye, solamente se transforma; y el machismo no desaparece, tan solo conoce modas, nuevos disfraces, nuevos simulacros. Y desde el Hollywood de las series de TV planetariamente difundidas, se nos hace llegar sin cesar ese machismo siempre moderno, siempre renovado de los jóvenes de las clases medias norteamericanas, que es el machismo prestigioso, políticamente correcto de hoy en día.

Los protagonistas de esas series, generalmente agrupados en profesiones, como policías, médicos, abogados, estudiantes, policías, vigilantes de la playa, forenses, policías, bomberos, se ven asaltados de repente en sus oficinas y centros de trabajo por un deseo al parecer irrefrenable de 'hacer el amor', que los hace despojarse precipitadamente de sus ropas, y echarse uno encima de la otra, en la mesa del despacho o en la cocina o en los ascensores, para repetir juntos los mismos ejercicios sincopados que tal vez en una escena anterior protagonizaron por separado con las máquinas de un gimnasio. En cambio, en algunas películas del *Bolliwood* hindú hemos visto simbolizada la sexualidad humana intemporal en algunas coreografías emocionantes.

VIII

En su crónica “La instrucción, cantidad negativa” (1929), puede leerse:

“En la antigua América de Manco Pacac, cuando nacía un niño se le metía el cráneo en una prensa, y con estas prensas a guisa de sombreros, los ciudadanos conservaban hasta el final de sus vidas una mentalidad completamente infantil. El objeto de las autoridades era lograr la uniformidad ideológica del pueblo por medio de la uniformidad craneana, suponiendo que las ideas se adaptan siempre a las cabezas donde se cuecen, y que con una cabeza periforme no se pueden concebir más que pensamientos igualmente periformes: pero en la América moderna del presidente Roosevelt se sigue un procedimiento enteramente opuesto. Aquí le cogen a usted el cráneo cuando está todavía tiernecito, lo llevan a una escuela, y se lo atiborran a usted de Historia, Moral, Derecho, etc. etc. Lo probable es que salga usted de la escuela con cerebro tan atrofiado como si lo hubiese tenido en la propia prensa de los incas; pero si la escuela no ha conseguido idiotizarle a usted del todo, la Universidad se encargará del resto. Luego vendrán los periódicos, las conferencias y los Clubs de lectura, y a los veinticuatro o veinticinco años no tan sólo estará usted incapacitado para pensar de un modo distinto a los demás, sino que hasta su misma cabeza, al adaptarse a las tres o cuatro ideas generales que el estado metió dentro de ella, habrá tomado la forma y el aspecto de todas las otras.”

Y en su siguiente crónica, llamada “El analfabetismo, cantidad positiva”, nos escribe:

“No hay que homologar el analfabetismo a la estupidez. Al contrario. Sin hablar de Homero, que era un analfabeto, ni de las sagas norsas, que fueron hechas por analfabetos, ¿en dónde hay una literatura comparable a la de nuestro refranero y nuestra poesía popular? La cultura no aminora la estupidez de nadie. Puede aminorar el entendimiento, eso sí, pero nunca la estupidez, para la que constituye, en cambio, un instrumento precioso. Por mi parte opino que en España sólo los analfabetos conservan íntegra la inteligencia, y si algunas conversaciones españolas me han producido un placer verdaderamente intelectual, no han sido tanto las del Ateneo o la *Revista de Occidente* como las de esos marineros y labradores que, no sabiendo leer ni escribir, enjuician todos los asuntos de un modo personal y directo, sin lugares comunes ni ideas de segunda mano.”

No se crea que se trata tan sólo de una nueva *salida de tono* de Julio Camba. Sino de algo también mucho más profundo, pues aquí Camba recupera el tema del *American way of life* (y de los sucedáneos que por nuestros pagos pudieran darse) como una nueva forma de esclavitud. Y los prolongadísimos curriculumns escolares aparecen entonces tan solo como el medio imprescindible para participar profesionalmente en el mercado y en su resabiada sociabilidad. Y entonces Camba desafía (¡sí! ¡en esta pequeña crónica! ¡y ya en 1930!) el mismísimo mito fundacional de toda la Ilustración moderna: el mito de que la escuela es el sitio donde se aprende a pensar por uno mismo, para decirnos

exactamente lo contrario: que la escuela ha sido diseñada para laminar toda posibilidad de pensamiento *propio*.

Procede entonces por contraste -¡y lo que le gustaría esto al sociólogo alemán Ferdinand Tönnies!- y con toda seriedad (con toda la seriedad del mundo) argumenta Camba a favor de las conversaciones entre mariñeiros y labregos que escuchaba cuando niño en Vilanova de Arousa, una pequeña sociedad dominada todavía por la cultura oral, por las voces personalizadas de quienes hablaban y vivían en ella, una sociedad *anterior a la crítica*, donde cada cual se las ingeniaba para elaborar el pensamiento necesario para enfrentar los problemas prácticos y concretos de *su* vida.

Pero ya lo decía Thomas Hobbes: razona mucho mejor el que no ha leído ningún libro, que el que ha leído solo uno... ¡porque en realidad siempre lee *lo* mismo!

Y hasta aquí nuestra lectura del Camba norteamericano, en la que nuestra Sociología ha querido seleccionar (al menos en esta ocasión) estos fragmentos, y hacer estos comentarios. Porque es claro que si otros sociólogos, otros pensadores sociales, se animasen a leer y a comentar a Julio Camba, escogerían otros fragmentos, tal vez otros libros, y comentarían otros aspectos de sus crónicas, que resultasen para ellos por lo que fuera más útiles y relevantes. Por eso los animamos a que lean a Julio Camba, primero por aquello que decía Miguel de Unamuno de que en los grandes todo es sabroso. Y segundo, porque Julio Camba no es una pequeña isla que se explora en un solo viaje, sino más bien un continente que parece no tener fin. Y a ver si así, entre muchos, sociólogos, filósofos sociales, ensayistas, conseguimos desvelar el misterio de Camba: averiguar cual es el sitio desde donde habla.